

LIBRO TRECE

---

MARIUS ENTRA EN LA SOMBRA

---

I

DE LA CALLE DE PLUMET AL BARRIO DE SAINT-DENIS

Aquella voz que al traves del crepúsculo habia llamado á Marius á la barricada de la calle de la Chanvrerie le habia producido el efecto de la voz del destino. Él queria morir, y se le ofrecia la ocasion ; llamaba él á las puertas de la tumba, y una mano en la sombra le alargaba las llaves. Estas lúgubres insinuaciones que se hacen en las tinieblas en presencia de la desesperacion son tentadoras. Marius apartó la verja que le habia dado paso y entrada tantas veces, salió del jardin, y dijo : ¡ Vamos !



Loco de dolor, no sintiéndose ya nada que estuviese fijo y sólido en el cerebro, incapaz de aceptar ya de la suerte cosa alguna en lo sucesivo, despues de aquellos dos meses pasados en las ebriedades de la juventud y del amor, abrumado á la vez por todos los sueños de la desesperacion, no abrigaba ya más que un deseo: acabar cuanto ántes.

Echó pues á andar con la mayor velocidad. Hallábase precisamente que él iba armado, puesto que llevaba consigo las pistolas de Javert.

El jóven á quien él creyó haber visto se habia perdido á sus ojos en las calles.

Marius, que habia salido de la calle de Plumet por el boulevard, atravesó la explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV, y llegó á la calle de Rivoli. Las tiendas de esta calle estaban abiertas, el gas ardía bajo sus arcadas, las señoras hacian allí aún sus compras de géneros y de artículos de modas, en el café Laiter habia gentes bebiendo helados y en la Pastelería Inglesa comian pastelillos. Sólo se notaba que algunas sillas de posta partían al galope del hôtel de los Principes y del hôtel Meurice.

Marius entró por el pasaje Delorme en la calle de Saint-Honoré. Las tiendas aqui estaban cerradas, los mercaderes conversaban junto á sus puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; á partir del piso principal, todas las ventanas se hallaban alumbradas como de ordinario. En la plaza del Palais-Royal habia caballería.

Marius siguió la calle de Saint-Honoré. Segun que se iba él alejando del Palais-Royal, habia ménos ventanas alumbradas; las tiendas se hallaban enteramente cerradas, nadie hablaba en los umbrales de las puertas, la calle se hacia cada vez más oscura, y al mismo tiempo, la muchedumbre era más numerosa y compacta. Pues los transeúntes

eran ya ahora una verdadera muchedumbre. En esta muchedumbre no se oia hablar á nadie, y sin embargo, comprendíase de ella como un zumbido sordo y profundo.

Hácia la fuente del Arbre-Sec, habia « agrupamientos » de gente, especies de grupos inmóviles y sombríos que entre los que iban y venian se asemejaban á las piedras en medio de un agua corriente.

Á la entrada de la calle de Prouvaires, ya no andaba la muchedumbre. Era como un cuerpo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, compuesto de gentes amontonadas que conversaban en voz baja. Casi no habia allí ya fraes negros ni sombreros redondos. Capotes, anguarinas, chaquetones, blusas, gorras, cabezas erizadas y terrosas. Aquella muchedumbre undulaba confusamente en la bruma nocturna. Sus cuchicheos tenian el acento ronco y tembloroso de un estremecimiento. Bien que nadie anduviera, oíanse sin cesar pisadas y como si pataleasen en el lodo. Más allá de estas grandes masas de gente, en la calle del Roule, en la calle de Prouvaires, y en la prolongacion de la calle Saint-Honoré, ya no habia ni una sola vidriera donde se notase luz. Veíanse desplegar por aquellas calles las solitarias y decrecientes hileras de los faroles. En aquel tiempo los faroles del alumbrado de París se asemejaban á grandes estrellas rojas pendientes de unas cuerdas y que proyectaban sobre el empedrado de las calles una sombra que afectaba la forma de una grande araña. Aquellas calles no estaban desiertas. Distinguíanse allí numerosos fusiles en pabellones, bayonetas en movimiento y tropas vivaqueando. Ningun curioso se aventuraba á pasar aquella frontera. Allí cesaba toda circuitacion. Allí concluía la muchedumbre y empezaba el ejército.

Marius queria lo que iba á hacer, con la voluntad del hombre que nada espera ya. Le habian llamado, y era pre-



ciso que él no faltara á este llamamiento. Se ingenió y halló medio de atravesar la muchedumbre y de atravesar también el vivac de las tropas, se ocultó á las patrullas y esquivó las centinelas. Hizo un rodeo, entró en la calle de Béthisy, y se dirigió hácia los mercados centrales. En la esquina de la calle de Bourdonnais ya no habia faroles.

Después de haber atravesado la zona de la muchedumbre, habia pasado también los confines de las tropas; hallábase en medio de alguna cosa que infundia pavor y espanto. Ni un solo transeunte se veía allí ya, ni un soldado, ni una luz; nadie absolutamente. La soledad, el silencio, la noche; y experimentaba cierta sensación de frío que le helaba todos sus miembros. Entrar en una calle era entrar en una cueva.

Sin embargo, continuó avanzando.

Dió algunos pasos, cuando hé aquí que notó que á alguien pasaba corriendo junto á él. ¿ Era aquello un hombre? ¿ era una mujer? ¿ eran varios individuos? No habria podido él decirlo. Aquello habia pasado y se habia desvanecido.

De rodeo en rodeo, llegó por fin á una callejuela que él creyó ser la calle de la Poterie; hácia la mitad de esta callejuela tropezó contra un obstáculo. Extendió las manos, para observar lo que era, y notó ser una carreta volcada; su pié reconoció varios charcos de agua, numerosos baches y hondonadas, piedras esparcidas y amontonadas. Lo que allí habia era una barricada que habian empezado á levantar, abandonándola después. Trepó por encima de las piedras y se halló á la parte opuesta de aquella improvisada barrera. Iba andando muy cerca de los guardacantones y se guiaba por las paredes de las casas. Un poco más allá de la barricada, le pareció entrever delante de sí alguna cosa blanca. Se acercó, y notó que aquello adquiria una forma. Eran dos caballos blancos; los caballos desenganchados del ómnibus aquella mañana por Bos-

suet, que habian vagado á la ventura de una en otra calle durante todo el día, y habian concluido por detenerse allí, con esa agobiada paciencia de los brutos que no comprenden más las acciones del hombre de lo que el hombre comprende las acciones de la Providencia.

Marius dejó tras sí los caballos. Al penetrar en una calle que le pareció ser la calle del Contrato-Social, un tiro, venido no se sabe de dónde y que atravesaba los espacios de aquella oscuridad al azar, silbó muy cerca de él, yendo la bala, después de pasar sobre su cabeza, á perforar una bacia de afeitar que de muestra se hallaba colgada á la puerta de una barbería. En 1846 se veía aún, en la calle del Contrato-Social, en la esquina de los pilares de los mercados, aquella bacia agujereada.

Aquel tiro, era aún una señal de vida. Á partir de aquel momento, ya no volvió á encontrar nada.

Todo aquel itinerario parecia un descenso de gradas negras.

Más no por eso Marius dejó de proseguir hácia adelante.



ridad, multiplicar cada combatiente por las posibilidades que aquella oscuridad encierra, tal es la táctica necesaria de la insurrección. Á la caída de la tarde, toda ventana donde se encendía una vela había recibido una bala. La luz quedaba apagada, y á veces el morador que la llevaba en la mano quedaba muerto. Así que, nada se movía. Nada reinaba allí, nada se distinguía sino el espanto, el luto, el estupor en las casas; y, en las calles, una especie de horror sagrado. Ni siquiera se percibían allí las largas hileras de ventanas y de pisos, los dentellones y cornisas de las chimeneas y de los tejados, los vagos reflejos que relucen en un suelo mojado y lleno de lodo. La vista que desde lo alto hubiese mirado hácia aquel montón de sombra, habría distinguido tal vez, acá y acullá, de trecho en trecho, ciertas claridades vagas é indistintas que hacían resaltar numerosas líneas interrumpidas y extrañas, perfiles de construcciones singulares, algo parecido á unas vislumbres ó resplandores que iban y venían en medio de las ruinas; allí era donde estaban las barricadas. Todo lo demás era un lago de oscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre el cual se alzaban, como otras tantas sombras inmóviles y lúgubres, la torre de Santiago, la iglesia de Saint-Merry, y otros dos ó tres de esos grandes edificios de los cuales el hombre hace gigantes y la noche hace fantasmas.

En derredor de este laberinto desierto y pavoroso, en los barrios donde la circulación parisiense no se había interrumpido enteramente, y donde algunos raros faroles brillaban aún, el observador aéreo habría podido notar el centelleo metálico de los sables y de las bayonetas, el ruido sordo de la artillería rodada, y el confuso hormigueo de los batallones engrosando á cada minuto; cintura formidable que se estrechaba y se iba cerrando lentamente al rededor de la insurrección.

## II

### PARÍS Á VISTA DE BUHO

Un sér que se hubiera cernido sobre París en aquel momento, con el ala del murciélago ó del mochuelo, habría presenciado un espectáculo triste y sombrío.

Todo ese antiguo barrio de los mercados centrales, que es como una ciudad en la ciudad, que se halla atravesado por las calles de Saint-Denis y de Saint-Martin, donde se cruzan mil callejuelas, y del cual habían hecho los insurgentes su reducto y su plaza de armas, se le habría representado como un sombrío y enorme hoyo abierto en el centro de París. Allí la mirada se sumergía en un abismo. Gracias á los faroles rotos, gracias á las ventanas cerradas, toda radiación cesaba en aquel sitio, toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La invisible policía de la insurrección velaba por todas partes, y mantenía el orden, es decir la noche. Eclipsar y como ahogar el corto número en una vasta oscu-



El barrio así circunvalado no era ya sino una especie de caverna monstruosa; todo parecía allí adormecido é inmóvil, y, como acaba de verse, cada una de las calles adonde se podía llegar no ofrecía nada más que sombra

Sombra huraña y feroz, llena de celadas, llena de choques desconocidos y formidables, donde causaba pavor el penetrar y era más espantoso aún el estacionar, donde los que entraban se horripilaban á la vista de los que los esperaban, donde los que esperaban se estremecían á la vista de los que iban á venir. Combatientes invisibles atrincherados en cada esquina; las asechanzas del sepulcro ocultas entre las densas espesuras de la noche. Era asunto concluido. Ya no había allí que esperar otra claridad que el resplandor de los fusiles, ni otro choque ni otro encuentro que el de la aparición brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿cómo? ¿cuándo? No se sabía, pero era una cosa cierta é inevitable. Allí, en aquella estancia marcada para la lucha, el gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, la bourgeoisie y los sublevados, iban á abordarse á tientas. Para los unos como para los otros, la necesidad era la misma. Salir de allí muertos ó vencedores, era ya el único desenlace posible. Situación tan extrema, oscuridad tan intensa y tan poderosa, que los más tímidos se hallaban llenos de resolución y los más osados llenos de terror.

Por lo demás, en uno y en otro campo eran iguales la furia, el encarnizamiento y la determinación. Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, permanecer era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era indispensable que al día siguiente todo quedara concluido; que se adjudicara el triunfo al uno ó al otro campo; que la insurrección fuese una revolución, ó un motín reprimido por la autoridad. El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos; el más torpe bourgeois sentía vagamente que debía suceder una de esas dos cosas, en el tér-

mino de pocas horas. De aquí un pensamiento de angustia que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio donde todo iba á decidirse; de aquí un redoble de ansiedad en derredor de este silencio de donde iba á salir una catástrofe. No se oía allí sino un solo ruido, ruido angustioso como un estertor, amenazador como una maldición, la campana de Saint-Merry tocando á rebato. Nada es capaz de helar tanto el alma como el clamor de aquella campana despavorida y desesperada lamentándose en las tinieblas.

Como sucede con frecuencia, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que iban á hacer los hombres. Nada venía á estorbar las funestas armonías de este conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes llenaban todo el horizonte con sus pliegues melancólicos. Sobre aquellas calles muertas había un cielo negro, como un inmenso sudario que se extendía sobre aquella tumba inmensa.

Mientras que una nueva batalla, enteramente política también, se preparaba en aquel mismo lugar que había visto ya tantos acontecimientos revolucionarios; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas, en nombre de los principios, y la clase media, en nombre de los intereses, se acercaban para chocar entre sí, para luchar y para derribarse en tierra; mientras que cada uno apresuraba y llamaba la hora postrera y decisiva de la crisis, á lo lejos y fuera de este barrio fatal, en lo más profundo de las insondables cavidades de este viejo y miserable París que desaparece bajo los esplendores del París dichoso y opulento, oíase murmurar sordamente la voz sombría del pueblo.

Voz espantosa y sagrada, que se compone del rugido bruto y de la palabra de Dios, que aterra á los débiles y que advierte á los sabios, que viene á la vez de abajo como la voz del león, y de arriba como la voz del trueno.



A ORILLA EXTREMA

Marius había llegado á los mercados centrales.

Allí estaba todo más tranquilo, más oscuro y más inmóvil aún que en las calles inmediatas. Diríase que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había esparcido bajo el cielo.

Un resplandor rojo sin embargo orlaba en aquel fondo negro el alto techado de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie por el lado de San Eustaquio. Era el reflejo del hacha que ardía en la barricada de Corinto. Marius se había dirigido hácia aquel resplandor, el cual le había conducido al Marché-aux-Poirées, y entreveía la embocadura tenebrosa de la calle de los Predicadores. Entró por fin en ella. La centinela de los insurrectos que estaba de facción en el extremo opuesto no le vió. Sentíase él muy cerca de lo que había venido á buscar, é iba andando sobre las pun-

tas de los piés. Así llegó al recodo de aquel corto trozo de la calle de Mondétour que, según hemos visto anteriormente, era la única comunicacion que Enjolras había conservado con el exterior. En la esquina de la última casa, á su izquierda, avanzó la cabeza, y miró hácia el trozo Mondétour.

Un poco más allá del ángulo negro de la callejuela y de la calle de la Chanvrerie que arrojaba un anchuroso manto de sombra, en el cual se hallaba envuelto él mismo, divisó alguna luz en el empedrado, un poco de alumbrado también en la taberna, y detras, una lamparilla pestañeando en una especie de pared informe, y varios hombres agachados, con los fusiles apoyados sobre sus rodillas. Todo esto se hallaba á diez toesas de él. Era el interior de la barricada.

Las casas que formaban el borde de la callejuela, á la derecha, le ocultaban lo restante de la taberna, la gran barricada y la bandera.

Marius no tenía ya más que un paso que dar.

Entónces el desgraciado jóven se sentó sobre un guardacanton, cruzóse de brazos y se puso á pensar en su padre.

Pensaba en aquel heroico coronel Pontmercy que había sido un soldado tan arrogante y tan valeroso, que había guardado en tiempo de la república las fronteras de Francia y tocado durante el imperio las fronteras del Asia, que había visto á Génova, Alejandria, Milan, Turin, Madrid, Viena, Dresde, Berlin, Moscou, que había dejado en todos los campos de victoria de la Europa gotas de aquella misma sangre que él, Marius, tenía en sus venas, que había encañecido, ántes de la edad generalmente requerida, en la disciplina y en el mando, que había vivido siempre con el cinturón puesto, las charreteras cayéndole sobre el pecho, la escarapela ennegrecida por la pólvora, la frente arrugada



por el casco, bajo una barraca, en el campo, en el vivac, en los hospitales de sangre, y que al cabo de veinte años habia vuelto de las grandes guerras con la mejilla acuchillada, el semblante sonriendo, hombre sencillo, apacible, admirable, con la pureza de un niño, habiéndolo hecho todo por la Francia y nada contra ella.

Dijo para sí que tambien le habia llegado á el su día, que su hora habia sonado al fin, que despues de su padre, iba él á su vez á ser valiente, intrépido, osado, á correr al encuentro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte, que iba él á hacer la guerra á su vez en el campo de batalla, y que este campo de batalla al cual iba á descender, era la calle, y que esta guerra que iba él á hacer era la guerra civil!

Vió la guerra civil abierta como un abismo en su presencia, y que en este abismo era donde él iba á precipitarse.

Entónces Marius se estremeció.

Se acordó de aquella espada de su padre que su abuelo habia vendido á un prendero, y cuya venta habia él sentido de un modo tan doloroso. Y dijo entre sí que habia hecho muy bien aquella valerosa y casta espada en huir de sus manos y marcharse irritada á las tinieblas; que si ella se habia ahuyentado de aquella suerte, probaba esto que ella era inteligente y que preveia el porvenir; es que presentia los motines, la guerra de la calles, la guerra del empedrado, los fuegos de fusilería por las ventanas y por los respiraderos de los sótanos, los tiros disparados y recibidos por la espalda; es que, viniendo de Marengo y de Friedland, no queria ir á la calle de la Chanvrerie; es que, despues que habia ella hecho aquello con el padre, no queria hacer esto con el hijo! Dijo para sí, que si aquella espada estuviese allí, si, habiéndola él recogido de la cabecera de su padre

junto al lecho de muerte, hubiera él osado tomarla y traerla consigo á este combate nocturno dado entre franceses en una encrucijada de calles, de seguro que ella le quemaria las manos y empezaria á arrojar llamas delante de él como la espada del ángel! Dijo entre sí que era una gran felicidad que ella no se hallase allí y que hubiese desaparecido, porque esto era bueno, porque esto era justo, que su abuelo habia sido el verdadero custodio ó guardian de la gloria de su padre, y que era mucho mejor que la espalda del coronel hubiera sido vendida en pública almoneda, adjudicada á un baratillo, á un mercader de trastos viejos, y arrojada entre hierro viejo y carcomido de herrumbre, que el destinarla hoy á sangrar con ella las entrañas de la patria.

Y en seguida echó á llorar amargamente.

Todo esto era horrible. Pero ¿qué hacer? Vivir sin Co-seta, no le era posible. Puesto que ella habia marchado, era preciso que él muriese. ¿No la habia él dado su palabra de honor de que moriria? Ella habia marchado sabiendo esto; por consiguiente, era de su agrado que Marius muriese. Y ademas, era cosa evidente que ella no le amaba ya, puesto que se habia ido así, sin avisarle, sin una palabra, sin una carta, y sin embargo, conocia ella las señas de su casa! ¿Para qué vivir ahora ya? ¿de qué le servirá la vida sino de una pesada carga? Y despues, ¡cómo! ¡haber venido hasta allí, y retroceder! ¡haberse aproximado al peligro y huir! ¡haber venido á mirar la barricada, y esquivarse despues! esquivarse temblando y diciendo: En verdad con esto me basta, he visto lo que es, y tengo ya lo suficiente, es la guerra civil, me marchó! ¡Abandonar á sus amigos que le esperaban! ¡que tal vez tenian necesidad de él! ¡que eran un puñado contra un ejército! Faltar á todo á la vez, al amor, á la amistad, á su palabra! ¡Dar á su cobardía el pretexto del patriotismo! Pero esto era imposible, y si la sombra de su padre se hallaba allí



entre aquella oscuridad y le veia retroceder, le azotaria con su espada de plano, gritándole : ¡ Adelante pues, cobarde !

Y víctima del va-y-ven de sus pensamientos, bajaba la cabeza.

De repente la levantó al fin. Una especie de rectificación espléndida acababa de hacerse en su espíritu. Hay una dilatación de pensamiento que es propia de la proximidad de la tumba; el que está cerca de la muerte ve claro en el campo de la verdad. La visión de aquel acto en el cual se sentía él tal vez á punto de entrar le apareció, no ya lamentable, sino soberbia y brillante. La guerra de las calles se transfiguró súbitamente para él, merced á no sé qué especie de trabajo interior del alma, ante la vista de su pensamiento. Todos los tumultuosos puntos interrogantes del ensueño le avinieron de tropel, pero sin turbarle. Á ninguno de ellos le dejó sin respuesta.

Examinemos, ¿ por qué se indignaría su padre ? ¿ por ventura no hay casos en que la insurrección se eleva á la dignidad del deber ? ¿ qué habría pues que pudiera rebajar al hijo del coronel Pontmercy en el combate que va á empeñarse ? Es verdad que aquí no se trata ya de Montmirail ni de Champaubert; esto es otra cosa. No se trata ya de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se lamenta, sea; pero la humanidad aplaude. Y, por otra parte, ¿ es verdad que la patria se lamenta ? La Francia se desangra, pero la libertad sonrío; y ante la sonrisa de la libertad, la Francia olvida sus propias heridas. Y despues, viendo áun las cosas á mayor altura, ¿ por qué hablar de guerra civil ?

La guerra civil ! ¿ Qué quiere decir esto ? ¿ Es que existe alguna guerra extranjera ? ¿ Es que toda guerra entre hombres no es la guerra entre hermanos ? La guerra no se califica sino por su objeto. No hay guerra extranjera

ni guerra civil; no hay más que la guerra justa y la guerra injusta. Hasta el día en que quede concluido el gran concordato humano, la guerra, á lo ménos aquella que consiste en el esfuerzo del porvenir que se apresura contra el pasado que se retrasa, puede ser necesaria. ¿ Qué es lo que habrá de reprocharse á esta guerra ? La guerra no es una vergüenza, la espada no es un puñal, sino cuando ella asesina al derecho, al progreso, á la razón, á la civilización, á la verdad. Entónces, guerra civil ó guerra extranjera, siempre es ella inicua; se llama el crimen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿ con qué derecho menospreciaría una forma de la guerra á otra forma diferente ? ¿ con qué derecho renegaría la espada de Washington de la pica de Camilo Desmoulin ? Leónidas contra el extranjero, Timoleon contra el tirano, ¿ cuál es más grande ? el uno es el defensor, el otro es el libertador. ¿ Se condenará, sin averiguar el objeto, todo recurso á las armas en el interior de la ciudad ? pues entónces tachad de infamia á Bruto, á Marcelo, á Arnould de Blankenheim, á Coligny. ¿ Guerra entre matorrales ? ¿ guerra en las calles ? ¿ Y por qué no ? era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Artevelde contra la Francia, Marnix contra la España; Pelayo contra los Moros; todos contra el extranjero. Pues bien la monarquía es el extranjero; la opresión es el extranjero; el derecho divino, es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Arrojar al tirano ó arrojar al inglés, es, en ambos casos, recobrar su propio territorio. Llega una hora suprema en que no basta protestar; despues de la filosofía, es menester la acción; la viva fuerza acaba lo que la idea habia bosquejado; *Pro-meteo encadenado* principia, Aristogiton concluye; la Enciclopedia ilustra las almas, el 10 de Agosto las elec-



triza. Después de Esquiles, Trasibulo; después de Diderot, Danton. Las muchedumbres tienen una tendencia á aceptar un amo. Su masa produce siempre apatía. Una multitud se totaliza fácilmente en obediencia. Es preciso remover, incitar y aún hostigar á los hombres por el beneficio mismo de su propia liberación, herirles la vista con los rayos luminosos de la verdad, arrojarles la luz á puñados terribles. Es preciso aterrarlos un poco con el violento espectáculo de su propia salvación; este deslumbramiento los despierta de su habitual letargo. De aquí la necesidad de los toques á rebato y de las guerras. Es menester que surjan grandes combatientes que iluminen á las naciones por la audacia y sacudan esa triste humanidad, que cubren de sombra el derecho divino, la gloria cesárea, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas; caterva estúpidamente ocupada en contemplar, en su esplendor crepuscular, esos triunfos sombríos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¡Pero, cómo! ¿de quién habláis? ¿llamáis á Luis Felipe el tirano? no; ni tampoco á Luis XVI. Ambos son los que la historia suele llamar buenos reyes; pero los principios no se dividen, la lógica de lo verdadero es rectilínea; es propio de la verdad el no ser complaciente, por lo tanto, no hay concesión posible; toda usurpación hecha contra el hombre debe ser reprimida; hay el derecho divino en Luis XVI, hay el *porque es Borbon* en Luis Felipe; ambos representan hasta cierto punto la confiscación del derecho, y para combatir la usurpación universal, es preciso combatirlos á ellos; es preciso, pues la Francia es siempre la que principia. Cuando el amo, es decir, el tirano, es derrocado en Francia, es derrocado en todas partes. En suma, restablecer la libertad social, devolver su trono á la libertad, devolver el pueblo al pueblo, devolver al hombre la soberanía, reponer la púrpura sobre

la cabeza de la Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo restituyendo á cada cual á sí mismo, destruir el obstáculo que opone el trono á la inmensa concordia universal; colocar al género humano á nivel con el derecho, ¿qué causa hay más justa, y por consiguiente, qué guerra más grande? Tales guerras construyen la paz. Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se halla aún de pie en el mundo con sus torres de odio y de rencor. Preciso es hacer que se desplome esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz, es grande; tomar la Bastilla, es inmenso.

No hay nadie que no lo haya observado en sí mismo, el alma, y esta es la maravilla de su unidad complicada con ubicuidad, tiene esta aptitud extraña de razonar casi friamente en los extremos más violentos, y sucede á menudo que la pasión desolada y la profunda desesperación en la agonía misma de sus más negros monólogos, tratan ciertos asuntos y discuten ciertas tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota sin romperse en la lúgubre borrasca del pensamiento. Tal era la situación de espíritu de Marius.

Mientras que así soñaba, agobiado, pero resuelto, vacilante sin embargo, y, en suma, temblando en presencia de lo que iba á hacer, sus miradas se dirigían vagamente al interior de la barricada. Los insurrectos conversaban allí á media voz, sin hacer el menor movimiento, haciéndose sentir ese casi-silencio que marca la postrera fase de la espera. Por encima de ellos, en un ventanillo de un tercer piso Marius distinguía una especie de espectador ó de testigo que le parecía estar singularmente atento. Era el portero muerto por El Cabuc. Desde abajo al reflejo del hacha escondida entre las piedras, percibíase vaga-



mente aquella cabeza. Nada más extraño y sorprendente á la incierta y sombría claridad que allí reinaba, que el aspecto de aquel rostro lívido, inmóvil, pasmado, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos y la boca abierta, inclinado hácia la calle en una actitud de curiosidad. Diríase que el que había ya muerto consideraba á los que iban á morir. Un largo rúguero de sangre que se había derramado de aquella cabeza descendía en hilos rojizos desde el ventanillo hasta la altura del primer piso donde se detenía.



## LIBRO CATORCE

LAS GRANDEZAS

## DE LA DESESPERACION

I

LA BANDERA: PRIMER ACTO

El reloj de Saint-Merry había dado las diez, y aún no se presentaba nadie á hostilizarlos. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse, con la carabina en la mano, junto á la escotadura de la barricada grande, permaneciendo allí en ademan de escuchar, sin hablarse, y procurando darse cuenta hasta del ruido de marcha más sordo y más lejano.

De repente, en medio de esta lúgubre calma, hizose oír una voz clara, jóven, alegre, que parecía venir de la calle